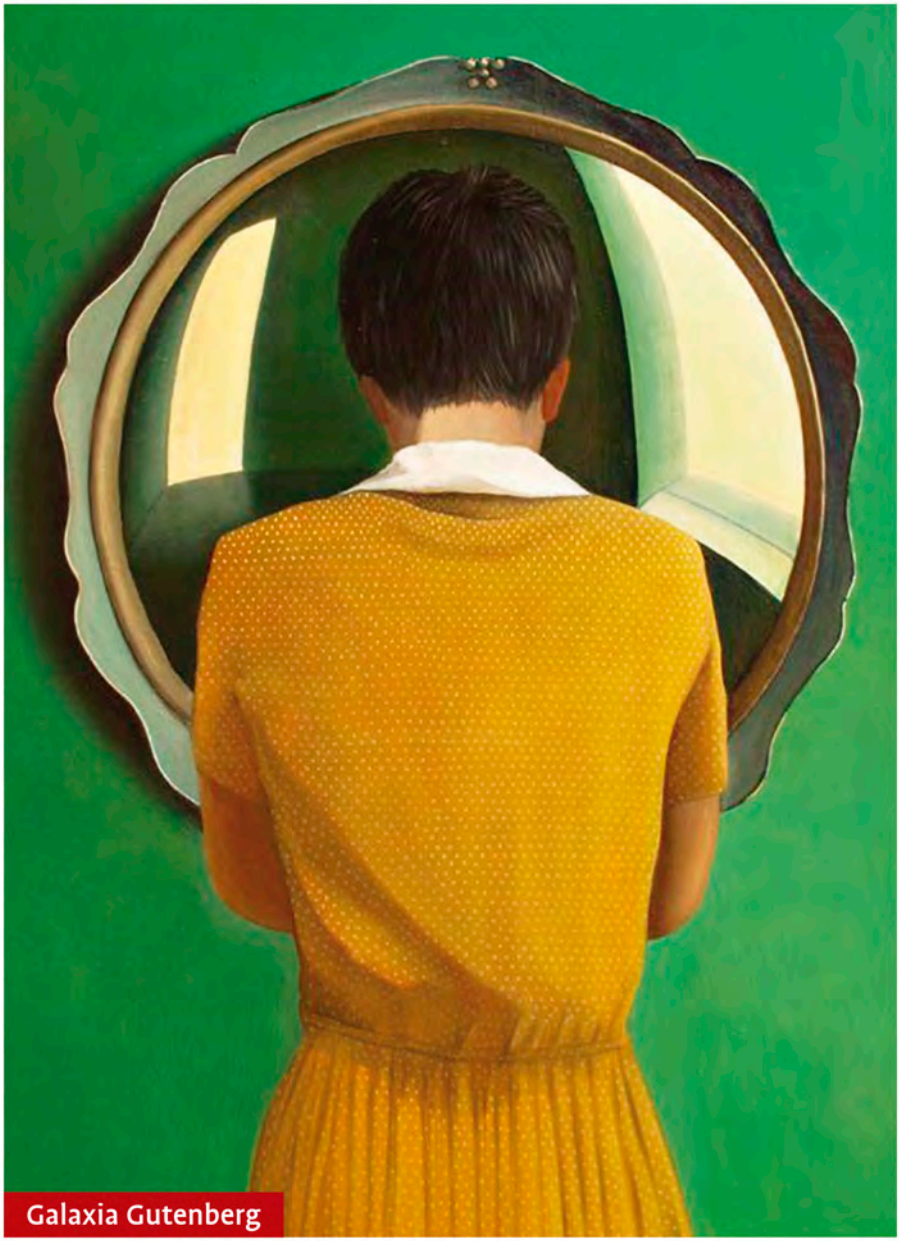
Adolfo García Ortega

Madre mujer muerta



Galaxia Gutenberg

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

Madre mujer muerta

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Adolfo García Ortega, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 10774-2025
ISBN: 979-13-87605-15-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A la memoria de Puri, mi madre,
cuyo corazón habité antes del principio

«Aunque mis ojos
ya no puedan ver ese puro destello
que me deslumbraba,
aunque ya nada pueda devolver la hora
del esplendor en la hierba,
de la gloria en las flores,
no hay que afligirse
porque la belleza
siempre perdura en el recuerdo.»

William Wordsworth
«Oda a la inmortalidad»

Prefacio

En el mes de agosto de 2021, no recuerdo el día, ya acabada la pandemia, se puso en contacto conmigo a través de mi cuenta en Instagram una mujer llamada Delia Aparicio Martín, de Madrid, a quien yo no conocía. Se me presentó, muy amablemente, como bisnieta de Susana Selva, quien había nacido a mediados del siglo XIX*, nombre que también me era del todo desconocido. Delia Aparicio, de una edad cercana a la mía, como me dijo, sabía que yo era escritor y creía que podría sacar a la luz una historia «que hiciera justicia» al hermano de su bisabuela, un médico llamado Luis Selva. Al referirlo todo al siglo* XIX*, me pareció, desde luego, algo tan lejano que ya en sí adoptaba un cariz novelesco.*

Lo que me desconcertó fue que añadió que aquella historia de su antepasado guardaba relación directa con mi propia bisabuela, como ella misma había podido averiguar en un pueblo llamado Vegalegua, lugar del que recuerdo vagamente haber oído hablar a mi madre un par de veces en la vida. Aquello despertó en mí una ávida curiosidad, ya que precisamente mi bisabuela materna había sido siempre un misterio para toda la familia y no sabíamos nada de ella. Por otra parte, mis padres y mis tíos ya habían fallecido, solo quedábamos

mis hermanos y yo, y no había manera de conocer ya nada revelador acerca de su persona.

Como es lógico, quise saber enseguida qué me quería contar Delia Aparicio, pero no pudo ser de inmediato porque yo estaba a punto de iniciar un largo viaje. Nos emplazamos para mediados de octubre, tomando aún ciertas precauciones como la distancia y las mascarillas. Llegado el día, me dio su dirección y el 16 de octubre me presenté en su domicilio, en la calle de Hermosilla, de Madrid. Sin embargo, para mi sorpresa, Delia Aparicio no estaba en su casa. Alguien del servicio, la asistenta tal vez, me entregó un paquete. En su interior había un cuaderno antiguo y unas viejas cartas manuscritas. También una nota de la propia señora Aparicio. «Sírvase usar este material como crea conveniente. En realidad, es más suyo que mío». Se trataba del diario del médico Luis Selva y de las cartas que este le enviaba a su hermana Susana.

Unos días más tarde, cuando lo leí todo con detalle, escribí a Delia Aparicio a su cuenta de correo electrónico para concertar una nueva cita. Me contestó que no lo creía necesario, ella no podía añadir nada al respecto de aquel material. Me dijo que lo había encontrado al hacer limpieza entre cosas muy viejas de su familia, en una casa de campo que había vendido, y no tenía ninguna otra información que aportar. Me daba permiso para que, si finalmente escribía algo con todo ello, contara las circunstancias de cómo había llegado a mis manos, lo cual justamente estoy haciendo ahora. No tenía sentido para ella que nos viéramos. Salvo el punto de conexión que nos había unido mediante ese diario y esas cartas de hacía ciento treinta años, no teníamos ninguna

otra relación y debíamos seguir nuestras vidas como hasta el presente. Lo entendí y lo acepté. Para ella, yo era libre de proceder como quisiera, y para mí, ella lo era de ser discreta.

Entonces, paulatinamente, empecé a reconstruir el rompecabezas que suponía aquel insospechado legado. Los diarios no guardaban una clara continuidad, ni en hechos ni en fechas, y las cartas también estaban desordenadas y repetían muchas veces, aunque con ciertos matices, lo que contaba el diario. Como escritor, solo podía usar la imaginación para rellenar los intersticios, los huecos que habían creado aquellos textos de Selva (tal vez hubo otros más que se perdieron, nunca lo sabré). El resultado es esta novela.

A.

Primera parte

«Cuenta Homero, en el canto XI de la *Odisea*, que Odiseo, llevado por Circe, se encontró en el Hades con Anticlea, su madre, a quien descubrió allí para su sorpresa, porque no sabía que había muerto. "Quise llegar al alma de mi madre difunta. Tres veces avancé a su encuentro, pues mi amor me impulsaba a abrazarla, y las tres veces, a manera de ensueño o de sombra, se escapó de mis brazos. Un agudo dolor prorrumpía en mi pecho y yo, permitiéndome oír mis propias palabras, la llamé de este modo: 'Madre mía, ¿por qué no me esperas cuando quiero alcanzarte y así, incluso dentro del Hades, dirigiendo uno hacia el otro los brazos, nos saciemos los dos del placer de este áspero llanto?'". Odiseo pasó toda esa noche en el Hades yendo en pos de su madre, a quien no volvió a ver. ¿No es sobrecogedora y lacerante esa imagen, repetida, huidiza y misteriosa, de los tres abrazos de Odiseo a las sombras? ¿Serán las sombras el otro lado de lo posible?»

[Primera anotación del diario de Luis Selva, día sin especificar, noviembre de 1889]

I

¿Qué mirar?, pensó ella. Tan solo el vacío de una carretera en el crepúsculo.

La luz avisaba de que pronto caería la noche. La noche del 7 al 8 de octubre de 1889. El rígido otoño no se había hecho esperar: el brezo, los árboles, los ralos collados donde pastaba el ganado, la amargura del campo, la inclemencia del viento, la insidia de los nubarrones, todo avisaba con melancolía del cambio de estación.

Llegaba la época en que el atardecer daba paso a la noche tan bruscamente, que hacía daño.

De noche era ahí fuera, en los campos, y de noche era también dentro de ella, de la joven que, nerviosa, al borde de las lágrimas, miraba por la ventanilla de la diligencia comarcal, cuyo nombre, La Motina, inexplicable para ella, iba escrito en las portezuelas salpicadas de gotas de barro y arañazos de uso.

Ningún otro pasajero reparó demasiado en la joven ni en lo que expresaba su rostro pequeño y rosado. Parecía separada del mundo.

En su cara de rasgos suaves, la angustia ante lo desconocido se fundía con la angustia que le causaban las sombras ignotas del otro lado del cristal, ese exterior inhóspito que se figuraba cruel.

¿Sería una premonición, esa negrura impenetrable?

¿Se habían borrado acaso los campos labrados que antecedían a los bosques frondosos, como había visto hacía unas horas y ahora, ahí fuera, no había nada?

¿Cuánto faltaba para llegar, cuándo acabaría ese trote? Evitaba preguntarlo, temía la conversación con los caballeros, por si delataba alguna inconveniencia acerca de su estado.

Lo cierto era que tampoco se veían las casas de piedra que antes amarilleaban de adobe ni los establos canela ni los cercados de los huertecillos que a lo lejos parecían manchas lácteas sobre un manto verde oscuro.

Así se figuraba la joven aquellas formas negras cuando, inquieta, observaba los caseríos de los que procedían únicamente ladridos y aullidos insólitos, bultos sin una forma concreta, fantasmales, mientras ella trataba de resistir el dolor acerado que había ido ascendiendo por su espalda y ya la desgarraba entre sudores y contracciones mal disimuladas por el mordisqueo de sus labios. La joven estaba embarazada y este era su secreto.

Tampoco se veían siquiera los picos de la sierra de Lalume que al atardecer se perfilaban admirables.

La joven se limitó a fijar sus ojos en la oscuridad para intentar atisbar, con un impulso ingenuo, el río Ténebro como hicieron los demás pasajeros cuando alguien, un hombre con un sombrero alto de astracán, lo citó al pasar por el puente de hierro que, por lo que había oído decir a ese mismo hombre, era obra de un francés famoso, Eiffel, cuya extravagante torre de trescientos metros se había inaugurado en París hacía unos meses.

Sin embargo, pese al esfuerzo por distinguirlo, en el lugar donde debía estar el río Ténebro solo se percibían

destellos movedizos, tal vez el agua. O sin duda que era el agua, ¿qué, si no, iba a ser ese brillo que le traía algo de paz a su ansiedad?

La diligencia atravesaba el valle de Siniesa, que otros llamaban de los Espíritus, y enfilaba la carretera irregular que terminaba en Vegalegua, donde ella nunca había estado, final de su viaje, el pueblo en el que su tía, una monja en un convento, no la esperaba ni podía imaginar que su sobrina Galia estaba llegando para causarle una sorpresa mayúscula.

Ya quedará menos, se dijo la joven, y se llevó la mano al vientre.

Pero aún faltaban unas horas de tortura.

La joven de La Motina se llamaba Galia Cervino y estaba a punto de ser, aunque en realidad ya lo era, todas las mujeres. Las simbolizaba tanto como las contenía.

La vulva, la sangre, la herida que se aproximaba, el parto que no tardaría en producirse como no tardaba el destino en cumplir sus promesas, la gestación que estos meses pasados había sembrado su vida de ilusiones, de temores, de desesperación, aunque sobre todo los había sembrado de amor y expectativas, darían en breve sus frutos.

¿Imaginaba el llanto, el furor, la derrota? ¿Sabía que a la rabia le sucedía la inevitable aceptación de ser quien se es, quien se ha sido? Pero ¿se podía haber sido alguien cuando aún se era tan joven? Intuía vagamente que, llegado el momento, habría de traspasar un límite inalcanzable, exigido por la madre naturaleza: el hecho de partirse en dos que iba en su estigma de mujer, según le habían dicho siempre, tal como decía la Biblia.

Galia, veinte años, quizá menos, ni ella lo sabía, era la mujer que esperaba ser y que no esperaba ser, que ya era y que nunca más sería. Era una joven, una mujer cuya historia habría de ser contada por un hombre.

Un hombre que no era todos los hombres.

2

Vegalegua estaba situado en el norte de una provincia sin mar ni costas ni puertos, una provincia con valles, páramos y bosques. En su plaza Mayor rectangular, amplia, de soportales bajos, el doctor Luis Selva curioseaba el pasaje que se apeaba de La Motina procedente de Bóriz. Era el médico un hombre maduro, de buena estatura, pelirrojo, mirada luminosa algo oblicua, barba cuidada, sombrero blando, chaquetón de pana y corbata en lazo, calzado con botas de media caña, no siempre sobrio pero sí circunspecto. Vio a Galia descender del carruaje. Al observar la gruesa silueta y los cautos movimientos de la joven evitando tropezar con los equipajes de los demás viajeros, Selva comprendió que se encontraba en avanzado estado de gestación.

No la conocía, no sabía, pues, a dónde iría ni por qué había venido hasta aquí, de quién sería familia, amiga, ahijada, pero dedujo maliciosamente que no tardarían en ir en su busca para que asistiera al parto. Solo esperaba que no lo encontrasen dormido, aunque le costaba mucho coger el sueño, salvo si bebía.

La observó un poco más. La joven estaba perdida, preguntaba tímidamente por una dirección; intuyó que quien respondía a su pregunta le señalaba las afueras;

poco después, arrastrando una bolsa a cuadros demasiado grande –no la había venido a buscar nadie, luego no la esperaban, coligió el doctor–, la vio enfilar por el camino comunal de tilos y avellanos, donde había huertos con tapias de adobe y olía a estiércol y a leña quemada, hacia un lugar desconocido, opuesto a donde él vivía.

No había otras luces en el camino que unos faroles tenebrosos y espaciados, y Selva confió en que la joven no diera un traspiés fatal y terminase en una zanja.

Se dijo también Selva que probablemente nadie sabrá nunca de la existencia de esa joven porque se sabe muy poco de la existencia de las mujeres y de los hombres corrientes, insignificantes para la memoria de los pueblos y las naciones, y del pequeño testimonio que dejan tras de sí. «Precisamente del nacimiento es uno de los pocos testimonios que ella dará», pensó el doctor, empezando a desinteresarse.

Lo que no sabía Selva era que el destino de Galia, en aquel pueblo ignoto para ella, era el añoso convento de San Pedro Regalado, habitado por monjas clarisas, donde vivía entregada a Dios su tía segunda, la hermana Pergentina Lesmes, a quien la joven nunca había visto.

Eran muchos los azares y las catástrofes los que habían llevado a Galia hasta esta lejana parienta, la única a quien podía acudir y cuya existencia había recordado semanas atrás casi milagrosamente, como quien ve una tabla de salvación en medio del mar. La única, por tanto, que sabía que ella se llama Galia Cervino; la única que le pondrá el nombre de Gloria a la niña recién nacida, cuando llegue el momento.

¿Por qué no le escribió antes una carta a su tía, avisándola de su llegada?

¿Temía que no quisiera recibirla?

¿Debería ocultarle su embarazo?

¿Qué entendía ella por honorabilidad?

El caso era que no la previno, por eso, cuando se halló ante la puerta del convento, entremetida bajo un pequeño arco, y tiró de la cuerda de la campanilla para que abriesen, a Galia no se le ocurrió ninguna frase, ninguna justificación, ninguna palabra que expresara la razón de su presencia allí esa noche.

En cambio, la persona que abrió el portón, una monja con delantal, vivaracha y nervuda, lo comprendió todo y se apiadó de la joven en el momento en que ella pronunciaba el nombre de su lejana pariente.

–Busco a la hermana Pergentina. Pergentina Lesmes.

Poco después, se encogió como un gusanillo y dio un grito.

3

Mucho más tarde, alguien, probablemente una mujer mandada por las monjas, llamó a la puerta de la casa del médico. Insistió. Insistió otra vez. Y una vez más. Dejó de golpear. No se oyó ningún ruido al otro lado de la puerta. Nadie bajó a abrir, pero cayó en la cuenta de que el médico vivía solo y únicamente él podía hacerlo. Dedujo que no estaba en casa o estaba ebrio, incapaz de despertarse. No era eso nada singular ni novedoso. Le sucedía a veces. La mujer pronunció el nombre del médico a voz en grito, luego, ante la ausencia de respuesta, se marchó; sabía que cuando volviera dentro de unas horas tendría mejor suerte y el médico ya estaría despejado. Y así fue.

Poco después, entre ruidos y susurros turbadores, Galia oyó el nombre del individuo al que había visto de reojo observándola en la parada de la diligencia cuando ella llegó: Selva.

Lo llamaban doctor Selva, incluso señor doctor a secas.

Lo miró a los ojos porque antes de que le llegase de nuevo el dolor agudo que la atravesaba por dentro, entre un desmayo y otro, Selva le había pasado la mano por la frente, fingiendo una leve sonrisa, y le había dicho algo con ternura para sosegar su angustia.

–Gracias –creyó oír esa palabra musitada por la joven, apenas audible, como dicha suavemente desde otro lugar, incluso desde otro tiempo.

Algo lo había sacudido. ¿Lo había dicho ella o lo había oído en su cabeza? Selva tardó unos segundos en reaccionar.

No era el convento el destino final que él se había imaginado en Vegalegua para esa joven, tampoco se había imaginado que él mismo tendría que subir hasta ese lugar unas horas más tarde.

El doctor Selva estaba ahí porque lo habían ido a buscar, pero no en mitad de la noche, como ya se había figurado él, sino demasiado tarde, a media mañana, cuando ya la joven se revolvía entre esfuerzos y dolores, exhausta.

–¿Por qué no me han avisado antes? –preguntó a las monjas–. Ahora todo será precipitado y urgente.

–Enviamos a alguien a darle aviso y no lo encontró a usted. Tuvo que volver al cabo de unas horas –le dijeron.

Selva calló. Se avergonzaba de ese tiempo perdido por su culpa. Su sueño fue profundo. Había bebido. Todavía se le nublaba algo la mente, pero disimuló. Se dejó llevar por la práctica.

–Además, no es habitual dar a luz en un convento –le dijo la superiora, una mujer con profundos surcos verticales en sus mejillas y un rictus contrariado–. Confiamos en Dios.

–Solo que Dios no es médico –murmuró Selva, conteniéndose.

Que lo preparen todo, añadió con energía, más bien lo exigió. Pero las monjas titubeaban, nadie allí sabía qué hacer en esos casos.

Él las enumeró:

–Agua muy caliente, sábanas, ropa blanca, palanganas, tijeras limpias, un mechero, chisquero, dos lámparas.

Lo demás era cosa suya. Abrió su maletín. Rebuscó dentro y encontró los bisturíes, el fórceps, los rollos de vendas, los frasquitos de láudano, de alcohol y de cloroformo, las gomas, los antisépticos, el estetoscopio.

–Hiervan las agujas –ordenó, dándose a valer.

Galia –agónica, joven, palidísima– tardó dos horas más en parir en el camastro de una celda aseada, pequeña y fría. Selva, por su parte, hizo lo que estuvo en su mano, dadas las circunstancias.

Así, el 8 de octubre de 1889, martes, la joven Galia Cervino daba a luz a una niña. Fue un parto costoso. Unas sábanas tan ensangrentadas eran un mal presagio.

La criatura sobrevivió, pero, pese a todos los esfuerzos, la madre murió poco después del alumbramiento.

Habían surgido las complicaciones que Selva presentía: hemorragia obstétrica, atonía uterina, debilidad extrema, tardanzas, torpezas. Todo esto sumió en la confusión a Selva, que se había afanado inútilmente en devolverla a la vida.

«La infeliz muchacha había perdido mucha sangre», tal fue la escueta conclusión que sacaron las monjas, una simpleza para el médico.

¿Infeliz? A Selva le raspó esta palabra, lo sublevó por dentro. ¿Por qué infeliz? ¿Acaso alguien sabe algo de ella, de su felicidad o infelicidad? No lo preguntó porque intuía que no habría respuestas. Si acaso, algún dato que proviniera de Pergentina, la tía segunda.

No era nueva la muerte para ninguno de los presentes, pero Selva se resistía a aceptar los errores, sentía el fracaso y se culpaba por ese sentimiento.

Quedaba la niña, allí arropada, frágil, rojiza, temblorosa, recién llegada como el eslabón de una cadena, puesta en manos de las monjas temporalmente, hasta que él, Selva, arreglase algunas cosas, las más saludables posibles para la criatura.

Selva no podía dejar de pensar que tal vez si la joven no hubiera acudido al convento, habría sobrevivido, pero apartó ese pensamiento inútil para extasiarse en la sencillez de la pausa repentina en la que el rostro de Galia, intacto y bello, se había enmascarado con el último segundo de su vida y, sin que pudiera impedirlo ni comprenderlo, se echó a llorar.